

CANCION NUEVA DE LA VALENCIANA.



CHASCO QUE HA DADO UNA MANOLA A SIETE GALANES.

Hoy amados oyentes,
os voy á cantar,
un chasco muy gracioso
que os ha de agradar,
de una valenciana,
que ha sabido prudente y ufana
à siete pegarla,
que querian por fin conquistarla;
mas ella discreta,
les ha armado á los siete muy linda treta.
Era el marido de esta
un jornalero,
que se hallaba parado
un año entero;
y desesperado,
cierto dia, porque no ha encontrado
donde trabajar,
se queria el infeliz ahorcar,
mas ella serena
le decia à su Antonio: no te dé pena.
Para hacer una cosa
dame licencia;
que he de hacer que se asombre
todo Valencia;
pues es mi cuidado
el que tengas dinero sobrado,
que comas y bebas,
te pasces y que te diviertas,

sin faltarte nada,
siendo tu muger Teresa siempre honrada.
Le responde su Antonio:
si yo no pierdo,
à ver como no envuelves
todo el infierno;
teniendo cuidado
que no salga de leña cargado,
y pueda sin pero
el ponerme montera y sombrero,
y que no se diga:
hacer lado á ese toro no nos embista.
Querian á Teresa
siete galanes,
un portugués fidalgo
y un rico sastre;
tambien un platero,
un bizarro y gallardo lencero;
otro es estudiante,
un barbero y un comerciante;
que todos andaban
tras Teresa de amores, que se pelaban.
La Teresa que tiene
gracia y donaire,
se pone muy compuesta
pronto en la calle;
y al que halló primero
fué á su ciego amante barbero,

y ella plentera,
le hace seña de que la siguiera:
y él amartelado
de Teresa se ha puesto al punto al lado.

En un portal se meten
para hablar solos,
y empieza la Teresa
de aqueste modo:
¡ay, barbero amigo!
ahora es tiempo de que bagais conmigo
una acción gallarda,
que me obligo, después de pagarla,
ser agradecida,
rindiéndoo mi afecto, el alma y vida.

Dijo el barbero: hermosa,
estoy corrido,
que tan poca franqueza
useis conmigo;
pedid de esa boca,
que á mi solo obedecer me toca,
pedid sin rubor,
que si puedo lograr vuestro amor,
todo mi deseo
es servirlos en cuanto puedo y poseo.

Pues barbero querido,
habeis de saber
que á mi esposo esta noche
le van á prender,
porque se ha atrasado
en doscientos cincuenta ducados,
de una mercancía
que el infeliz tratar pretendia
por algo ganarse,
y lo que ha hecho el pobre precipitarse.

Tomad, prenda adorada,
aquesta letra,
que cubre y aun os sobra
para la deuda;
ireis á cobrarla
á la casa de don Juan de Parla;
y sino hay bastante,
avisadme, que luego al instante
tendreis sin tardanza
de seis mil reales una libranza.

Despidióse Teresa
dándole gracias,
diciendo que á la noche
vaya sin falta
á las siete en punto;
que su esposo estará en el asunto
de hacer aquel pago,
y que entonces ella sin cuidado

y á satisfacción,
hará que su barbero tome posesion.

En seguida Teresa
marchó al mercado,
y encuentra al comerciante
muy estirado;
le dice al may tonto,
que la siga, que tiene de pronto
que comunicarle,
y no puede decirlo en la calle;
y los dos solitos
en el café se meten de San Francisco.

Dícele don Lorenzo:
querida mia,
cuánto placer recibo
en este dia;
pues no confiaba
que tal dicha se me preparaba;
què puedo ofrecerte,
que es mi gloria solo complacerte,
pues en tu servicio
es muy poco el que haga yo un sacrificio.

Vengo solo á pedirlos
una fineza,
y ofreceros por pago
ser toda vuestra;
porque se me ofrece
un vestido de raso celeste,
para ir mañana
á la boda de doña Mariana;
y á las siete y media
os espero en mi casa á puerta abierta.
¿Solo un vestido quieres,
querida prenda?

pues vestido y mantilla
con ella cuenta;
marchan al instante,
y entran en casa mi buen comerciante,
y muy presumido
saca pronto mantilla y vestido,
y sin ser escaso,
medias, ligas, pañuelos, tambien zapatos.

Se despide Teresa
con gracia y modo,
y en seguida se marcha
á buscar otro;
y encuentra al momento,
al fidalgo portugués contento,
y con mil requiebros,
cortesías y suspiros tiernos,
la dice que pida,
porque en cuanto desee será servida.

Solo quiero pedirlos
para un aprieto,
me prestéis al instante
cincuenta pesos;
y en oscureciendo,
á las ocho os vengais corriendo,
solito á mi casa,
porque el pecho todo se me abrasa,
y quiero pagaros
vuestros pesos, y luego, linda abrazaros.

Recibe la Teresa
todo el dinero,
marcha en busca de otro
y halla al platero,
que con dos mil dengues
le ha sacado cadena y pendientes
al pobre Peralta,
que á las ocho y media sin falta
en casa le espera
para manifestarle su fé sincera.

Marcha de allí Teresa
y busca al sastre,
á Perico el lencero,
y al estudiante,
que con arte y maña
á toditos los tres los engaña,
pues á cada uno
ha sacado los cincuenta duros,
y á todos les cita
á su casa y que vayan á hora distinta.

Ya logró la Teresa
todo su intento,
y se retira á casa
con gran contento;
y dice á su esposo:
toma, hombre, no estés pesaroso,
gasta sin cuidado,
y no temas el estar parado
mientras haya bobos,
que esta noche en tu casa verás las toros.

He citado esta noche
para que vengan,
á siete boquirubios
que me cortejan;
y son los que han dado
todo eso que á tí te he entregado,
y cuando estén todos
á la puerta llama con mal modo
pidiendo un garrote,
diciendo que en la casa andan ladrones.

Se esconde su marido,
y ella se queda

á recibir visitas
que la hora llega;
y empieza el barbero,
que entra echando planta de bolero;
se sienta á su lado;
don Lorenzo llama de contado:
¡ay, que es mi marido!
meteros en esa arca muy recojido.

Entrase muy ufano
el comerciante;
haciendo los cariños
de un tierno amante,
con gracia y con risa,
cuando llama el portugués aprisa
y dice Teresa:
don Lorenzo en la estera esa
meteros corriendo,
hasta que mi marido ya esté durmiendo.

Se esconde el comerciante
y entra el portugués,
y á Teresa saluda
muy fino y cortés;
se sienta á su lado,
cuando se halla mas enamorado
que llama el platero,
y ella hace se esconda ligero
en la chimenea,
no sea que el marido entre y le vea.

Vase á la chimenea
muy lisongero,
cuando hecho un Adonis
entra el platero;
y al ir á sentarse
oye ella que llama el sastre;
por Dios, que es Antonio,
y es su genio de un propio demonio;
le entra en un cuarto
donde habia una perra que anda de parto.

Entra el sastre bailando
con alegría,
y á Teresa le dice:
ven, alma mia,
y dame un abrazo;
cuando oye á la puerta un porrazo,
pregunta quién llama,
mi marido, y en esta tinaja
entrad sin cuidado,
que saldreis cuando se haya él acostado.

De miel la tal tenaja
habia estado,
que quedò el pobre sastre
bien enmelado,

cuando entró arrogante,
y diciendo, el buen estudiante:
ven aquí, salero;
mas de pronto que llama el lencero,
y al fino escolar
en un costal de lana ella le hizo entrar.

Saludóla el lencero,
enamorado,
cuando llama el marido
muy enfadado;
y el lencero ansioso,
antes que abra, suplica amoroso
le esconda primero,
y le mete donde está el platero,
y marcha corriendo
á abrirle á su marido que entra cayendo.

Entra haciendo el borracho
el buen Antonio,
echando espumarajos
como un demonio;
y con furia fiera,
al fogon ha arrimado la estera,
y fuego prendiendo
sale de ella el mercader diciendo:
compasion, señores,
que se me abrasa el trasero y alrededores.

Ardiéndole el vestido
marcha el mercader,
y de la chimenea
sale el portugués
todo tan tizado,
que parece al demonio abreviado;
y Antonio con su estaca
al momento á la calle lo saca,
y al ver tal postura
toda la gente huye de su figura.

El lencero y platero
los dos tropiezan,
y andan allí al remolque
que es una fiesta;
la perra se enfada,
y del fráque al platero agarra;
empieza á gritos,
y la perra á ladrar y mordiscos,
y se armó un jopeo
que por verlo podia darse dinero.

Entra Antonio en el cuarto
con el garrote,

y con los dos empieza
á duros golpes;
se salen corriendo,
y la perra á los dos siguiendo,
tirando bocados,
que se entran á tomar sagrado
en una taberna,
y el tabernero á palos les echó fuera.

De la miel y tinaja
sacan al sastre,
y le ponen de plumas
hecho un visaje:
sacan al barbero
que en el arca se escondió el primero,
y le hacen al sastre
de que monte al barbero al iustante;
y al pobre emplumado
en la calle le plantan muy al contado.

Toda la gente corre
á ver aquello,
cual les tira un tomate,
cual un pimiento,
pedradas, tronchazos,
mas los pobres estaban atados,
y el infeliz sastre,
del barbero no podia apearce,
burlándose todos,
de manera que eran plaza de toros.

El estudiante queda
solo en el costal,
y Antonio á garrotazos
le hizo saltar:
sale sin camisa,
y le dice que se ponga á prisa
sola la sotana,
con un gorro muy raro de grana,
siendo de este modo
el estudiante triste, fiesta de todos.

La muger y el marido
quedan contentos,
y sin blanca y zurrados
van los cortejos,
y así escarmentarse
de este chasco que es para burlarse
de tales bobones,
que se cre en que sus pretensione
serán apreciadas
de mujeres prudentes y muy honradas.

MADRID:—1849.

IMPRESA DE D. JOSÉ MARÍA MARÉS, calle de Relatores núm. 17.